

partes entre los demás miembros solventes, con el fin de impedir que el acreedor haga responsable únicamente al miembro más solvente de la cooperativa. Pero esto no implica una derogación del principio de la responsabilidad solidaria, sino que es una manera más equitativa de repartir las deudas).

¿De dónde consiguen las cooperativas de crédito los fondos necesarios para sus operaciones? De una parte, ellas constituyen al mismo tiempo cooperativas de ahorros, en que los agricultores, comerciantes, empleados, etc., depositan sus ahorros. Estos fondos están, desde luego, a su disposición. Pero como en algunas cooperativas de ahorros habrá exceso de fondos y en otras faltarán, se han organizado instituciones centrales que distribuyen los créditos. En caso de no disponer estas instituciones centrales de los medios necesarios para satisfacer las necesidades de las cooperativas, los obtienen del Estado, de los bancos, etc. En una palabra: las instituciones centrales tienen el carácter de nuestra Caja de Crédito Agrario, en lo que se refiere a la agricultura, y de nuestro Instituto de Crédito Industrial, en lo que respecta a las industrias.

¡Pero cuánto menos engorroso, complicado y costoso es el sistema alemán! ¡En vez de una tramitación larga y difícil, en vez de una fiscalización del deudor por medio de funcionarios rentados, y al fin sin una garantía suficiente, una tramitación sencillísima, una fiscalización de los asociados por ellos

mismos, sin ningún gasto, y una garantía absoluta! Todo eso debido a la realización y aplicación del principio de la responsabilidad solidaria. Todos para uno, uno para todos.

En el libro de Wygodzinski y Mueller se encuentra expuesta la materia con gran acopio de detalles y datos estadísticos, en forma metódica y clara, y con cabal conocimiento de las cooperativas y su historia.

Es un libro admirable. Deseáramos que se tradujera al castellano y que se pusiera en mano de los chilenos. Si algo podemos aprender de Alemania, es esto: su espíritu de cooperación mutualista y de organización. Quizá la cooperación sea lo fundamental. Pues la organización no es sino la traducción material de la cooperación, la coordinación de las diferentes partes dentro de un conjunto. La organización, en todo sentido, supone disposición a cooperar, voluntad de someterse, espíritu mutualista.—*Parvulus*.

HISTORIA

LOS PRÓCERES DE LA INDEPENDENCIA DE CHILE, por *Domingo Amunátegui Solar*.

La literatura histórica chilena ha sido pródiga en libros de interpretación antes que en producciones artísticas. Quizá constituyen una excepción las obras de Sotomayor Valdés y una que otra salida de la pluma de Vicuña Mackenna y de Miguel Luis Amunátegui. Entre

todas sobresale por su admirable interés y por la armoniosa proporción *La Dictadura de O'Higgins*.

En cambio, los libros que tratan aspectos interpretativos de Chile son ricos y varios: *Raza chilena* de Palacios, donde lo etnológico no alcanza a restar nada al mérito nacionalista del conjunto; *La Fronda Aristocrática* de Alberto Edwards, intencionado y parcial análisis del desenvolvimiento político republicano; *Chile y los chilenos* de Alberto Cabero, afortunada visión de carácter racial; *Nuestra inferioridad económica* de Francisco A. Encina, que proporciona mucha luz para entender a nuestro país y puede incluirse entre las obras históricas, a pesar de su título; y otro lote de ensayos donde merece una mención *Mi tierra nativa* de don Agustín Edwards.

El señor don Domingo Amunátegui Solar, cuya obra *Las encomiendas indígenas de Chile* tiene una importancia decisiva para el conocimiento del profundo desarrollo económico y social de este país, acaba de entregar a la publicidad un esforzado trabajo histórico: *Los próceres de la independencia de Chile* (1). Tiene este libro una doble novedad: se renueva en él la documentación que había servido para el estudio de la Independencia y se presenta a los próceres con un carácter audaz de interpretación histórica. Ha pasado ya el tiempo de las desapoderadas loas y de las alabanzas sin término.

(1) Publicado en los «Anales de la Universidad de Chile». Imprenta Balcells, Santiago, 1930.

Vemos aquí las cosas en una forma renovada, que se apoya en la verdad histórica. El señor Amunátegui, aunque no ha preferido la forma artística, que no es su fuerte, logra interesar y presenta los hechos con un orden y método admirables. Todo el primer período de las campañas de la Independencia y el esfuerzo patriota por afirmar nuestra nacionalidad e independizarla de España, se revelan como el resultado de la energía, constancia y desinterés de José Miguel Carrera. Confirma este libro de Amunátegui la tradición carrerina de su familia, que posee un testimonio imperecedero en *La Dictadura de O'Higgins*. Pero no es una apología desproporcionada la que intenta el señor Amunátegui, sino una rehabilitación apoyada en textos y documentos insospechables.

La primera sorpresa que experimentará un lector lego es hallarse con un Martínez de Rozas muy diverso del forjado por la tradición y la mitomanía patrioterica. Dista mucho el perfil histórico suyo de la estampa forjada por la leyenda. En un paralelo trazado por el señor Amunátegui entre Ovalle y Rozas dice: «El primero se manifestó siempre franco y leal; y el segundo, astuto y solapado.» Resulta, además, incontrovertible la apreciación desfavorable que merece Rozas por su intervención desvergonzada en el asunto de la fragata inglesa *Scorpion*. Contrarrestase, empero, esta impresión con la sinceridad de sus convicciones emancipadoras. Rozas trabajaba entonces de un modo

efectivo en crear ambiente en pro de las nascentes ideas libertarias en Chile. Resulta curioso para un intérprete moderno entender la razón por la cual el partido radical ha puesto entre sus precursores a tan discutido prócer.

Prueba muy lógicamente el señor Amunátegui que Martínez de Rozas no pudo ser el autor del *Catecismo político cristiano*, que siempre se le atribuyó. Cree más bien que se debe a la pluma del guatemalteco don Antonio José de Irisarri.

Basta recordar—dice Amunátegui—que el Dr. Rozas, desde el principio de 1809, se hallaba en Concepción; y que el *Catecismo* debió ser concluído en muy pocos días, pues comenta la proclama del Consejo de Regencia, dada en 14 de Febrero de 1810 y condena el nombramiento de Elío para Gobernador de Chile, que sólo se habían conocido en Santiago, por las comunicaciones del correo de Buenos Aires, con fecha 31 de Julio.

No menos relevante es el capítulo VII del libro, donde se estudia a *La familia de los ochocientos*. La historia chilena que por mucho tiempo giró entre algunas familias oligarcas, recibe una luz nueva de esta investigación. Vemos cómo la «fronda aristocrática» de los Larraín, llamada por el Obispo Rodríguez Zorrilla *la casa otomana*, contribuye con su influjo y empuje al éxito del cabildo abierto del 18 de Septiembre de 1810, cuyas consecuencias quizá no calculó su estrecho espíritu de clan.

Posteriormente otras familias vascas—los Irarrázaval y los Errá-

zuriz entre las principales—siguen empujando los sucesos fundamentales de nuestra vida política.

Consagra lo mejor de su ensayo el señor Amunátegui a la narración de los hechos memorables de don José Miguel Carrera. Este discutido personaje resulta uno de los sustentáculos más firmes de la Independencia. Primero subleva las tropas en 1811 y reforma el personal del Congreso. Interviene en el nombramiento de una tercera Junta de Gobierno que también es disuelta. No vacila para triunfar en buscar el apoyo de los *sarracenos* o sea de un grupo de realistas que esperan algún cambio favorable a sus intereses de tanto trastorno político.

Sin embargo, si importante es el papel político de Carrera en este tiempo, más memorables son su denuedo personal y su valor de soldado. A él se debe la nueva derrota de los ochocientos, cuya política en los días del Tratado de Lircay es muy sospechosa de defección ante el incremento de la causa realista. Vese aquí al propio Camilo Henríquez realizando una labor ambigua y timorata. Fué un período de absurdo desconcierto en que hasta probados patriotas sienten vacilar sus convicciones. Carrera con su espada logra dejar bien puesta la causa separatista y afirmar de nuevo la convicción indestructible de que el yugo español estaba roto para siempre.

No son estas las menores cualidades del libro de Amunátegui. Su autor, con acopio de lógica y erudición, hace desfilar una atrayente

galería de próceres. Aparecen descarnados, en su estricto valor humano, con todo su temor y con sus dolorosas vacilaciones. Estamos ya un poco lejanos de la época en que el escritor acuña héroes para edificación de públicos escolares.

Una nueva época parece comenzar en el estudio de la historia chilena. Parte del mundo literario joven se dedica a la interpretación de la realidad chilena. En el Grupo *Índice* hemos visto ya dos análisis agudísimos de la personalidad de Portales. Se anuncian biografías de personajes chilenos célebres. Se piensa, por fin, abandonar la simple historia erudita, que prevaleció desde que Barros Arana y Matta Vial, entre otros, dejaron recopilados los materiales definitivos para el conocimiento de la guerra de la Independencia.

En el reciente libro de Amunátegui, que es un complemento vigoroso de *Las Encomiendas indígenas en Chile*, están todos los problemas puestos al día, merced al estudio y revisión que ha hecho su autor de los *Documentos relativos a la Independencia de Chile* y de otros textos no menos valiosos.

Pueden ahora los definitivos intérpretes, los artistas de la forma, comenzar su tarea. El camino está accesible y la labor de investigación resuelta.—Ricardo A. Latcham.

LIBROS ARGENTINOS

NÉMESIS, por Jorge Max Rohde.

Después de una intensa labor de crítica literaria, el género de mayor

relieve al decir del ático señor de Bergerac, Jorge Max Rohde nos ofrece una novela: *Némesis* ¿Novela es, en verdad, la última producción del estudioso autor de *Las Ideas Estéticas en la Literatura Argentina*? De atenernos con rigor al canon constructivo y a los preceptos acerca de los recursos y elementos que han de concurrir a vitalizar y animar la trama de un asunto, hemos de expresar que *Némesis* no es, entonces, precisamente una novela. Pero tampoco deja de serlo. Vale decir que posee, en mínima partícula, ese conjunto de tonos, matices y paisajes que constituyen el eje en torno al cual giran los personajes y cuadros de la obra.

La ausencia de un argumento de arraigo resta vigor a *Némesis* como producto de imaginación. Los amores de Felipe Hurtado, poeta de sensibilidad exquisita, y Helena Rémy, delicado temperamento abismado en la sombra de sus propios sueños, no poseen en sí más atractivo y mayor sugestión que la que nos brindan algunos episodios aislados, este y aquel relieve de sus espíritus y algunas facetas de sus inquietudes. La lucha que Hurtado entabla entre su destino de escritor sujeto a la fiebre creadora, con sus imperios de conocimientos y andanzas, y su pasión amorosa, pinta pliegues admirables de un espíritu acuciado por la incomprensión y el fecundo dolor de la obra que germina.

Si *Némesis* carece de acción, de agilidad y de soltura técnica, posee, en cambio, páginas admirables de